



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 5 de febrero de 1984

Queridos hermanos y hermanas:

1. Este domingo y, si Dios quiere, los domingos siguientes me detendré con vosotros sobre algunos aspectos de la piedad Mariana, es decir, sobre el amor y devoción filial con que los discípulos de Cristo, en Oriente y en Occidente, veneran a María Santísima. Esta piedad es el resultado de una entusiasmante "experiencia cristiana", pues se enraíza en el misterio de Cristo y tiene en Él su origen y justificación, la razón de su progreso y el fin último a que tiende por un íntimo dinamismo.

"Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios" (*Jn 1, 1*), escribe Juan en el prólogo de su Evangelio. Y añade: "Todas las cosas fueron hechas *por Él* (*ib.*, 3). Todas las cosas. También María. Es más, sobre todo María que, después de la santa humanidad de Cristo, constituye el vértice de la creación, la gloria del universo" (*Liturgia Horarum*, 8, dic, Ad Laud., Hym.), como la saluda la Liturgia.

"En Él fueron creadas todas las cosas... por Él y para Él" (*Col 1, 16*), recalca el Apóstol Pablo. Todas. También María. Para Él fue creada, para que fuese su *madre* santa, y en su seno virginal el Verbo tomase la naturaleza humana; para que fuese su *discípula* fiel que guardase en el cofre de un corazón puro la palabra de vida (cf. *Lc 2, 19-51*); la *mujer* nueva, puesta junto a Él, Hombre nuevo, redentor de todos los hombres; para que fuese el *arca* de una Alianza no rota; la *imagen* del nuevo Pueblo de Dios y de la nueva Jerusalén; el *fruto* primero y ya completamente maduro de la redención.

2. "Por Él...", "... para Él", nos dicen las Escrituras. Por consiguiente, todo hace relación a Cristo

en María, todo depende de Él, todo está invadido de su misterio.

Ya desde los tiempos apostólicos, los cristianos, contemplando a Jesús "Señor de la gloria" (cf. 1 *Cor* 2, 8), y profundizando en el misterio de su persona –Hijo de Dios y, por María, hijo del hombre–, comprendieron el papel *esencial* de María en la obra de la salvación. Y después, poco a poco, reflexionando sobre la unión inseparable de la Madre con los acontecimientos salvíficos de la vida, muerte y resurrección de Jesús, asumieron respecto de Ella una actitud de estupor emocionado, homenaje confiado y veneración amorosa.

3. Como es sabido, el "misterio de Cristo" en el que se enraíza la piedad Mariana, por la acción del Espíritu se ha traducido en palabras y consignado a la Escritura divina como anuncio de salvación, y en la Sagrada Liturgia se realiza y celebra como acontecimiento de gracia.

De hecho, cuando se examina la documentación antigua y la Tradición sagrada, resulta que la piedad Mariana tiene su origen en la meditación de la Biblia y en la celebración de los misterios divinos. Esta feliz constatación se transforma espontáneamente, queridos hermanos y hermanas, en el anhelante deseo de que nuestra piedad hacia la Madre de Jesús siga estando anclada siempre en esta doble fuente genuina y fresquísima: la Palabra de Dios y la santa Liturgia.